

DESAPAREC



Si la ha visto

311 626559

**ESTE PUEBLO
ESTÁ LLENO
DE MONSTRUOS**

JAVIER GÁMEZ

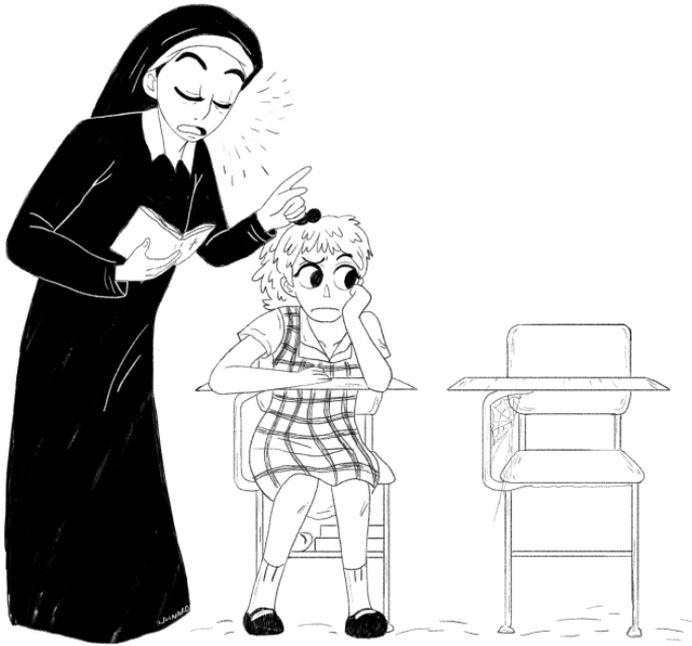
© Javier Gámez Rodríguez
e-mail: javiegamez@gmail.com

Corrección: Carmen Lorena Romero
Diseño gráfico e ilustraciones por rainaro
Primera edición: diciembre de 2020
Impreso y hecho en Colombia

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright.

Proyecto ganador del Programa de
Estímulos de las Artes y la Cultura
'Macondo Cultural' 2020
Gobernación del Magdalena





La verdad es que yo no le creí a mi abuela cuando me dijo que me alejara del río, que ahí salía alguien, que era mitad hombre, mitad caimán, que engañaba a las muchachas, se las llevaba y más nunca nadie las volvía a ver. Hasta que casi todas mis compañeras de clase desaparecieron. ¿Ya les dije que estudio en un colegio de monjas? ¿Y que es solo de mujeres? Bueno, ya lo saben.

Este colegio, por ser de monjas, es muy estricto. Nosotras entramos a las seis de la mañana y salimos a las dos de la tarde. Hay millones de reglas y todas deben ser acatadas. Acá nos enseñan a ser señoritas de bien. Además de las clases normales, el primer y último fin de semana de cada mes nos toca ir al colegio para tomar clases de cómo comer correctamente, culinaria, costura, primeros auxilios y modales. Todo esto con el fin –dicen las monjas– de que, si fallamos en los estudios, al menos seremos buenas esposas.

Las reglas importantes acá son que la falda del uniforme debe ir cinco centímetros por debajo de las rodillas y las medias por encima de las mismas. Al entrar hay dos monjas, una a cada lado,

con una regla de madera con la que miden si nuestro atuendo cumple con las medidas estipuladas. Así sea medio centímetro más corta, te regresan, tal como devolvieron a Angélica la semana pasada. Pero yo creo que era porque se quería hacer la leva.

Ese día ella y Esteban, su novio, habían planeado escaparse para ir al río, comerse algo, nadar, darse besitos y tal vez manosearse. ¿También dije que esto no se lo pueden decir a nadie? Es que no quiero que culpen a Esteban ni a nadie más por esas desapariciones. Bueno, Angélica solo me dijo a mí que se iba con Esteban a pasarse juntos el día. ¿Que cómo lo logró? Déjenme decirles que también nuestros padres son estrictos. Ellos no quieren que sus hijas pierdan un día de clases solo porque la falda está un milímetro más corta, o porque no están bien peinadas (hasta por eso devuelven), entonces también revisan lo mismo que las religiosas verifican en la entrada. Yo creo que ni el servicio secreto de los Estados Unidos tiene tanto protocolo como en mi escuela. El punto es que ella aprendió a cogerle un dobladillo a la falda y que las hermanas no se dieran cuenta. Por eso es que el papá, al dejarla en el colegio se fue enseguida, porque ella iba a entrar sin problemas. Sin embargo, al bajarse ella del carro hizo el doblez de la falda en menos de treinta segundos, tal como un mago hace desaparecer una carta en frente de tus ojos, Angélica hizo desaparecer dos centímetros en medio de todas las estudiantes y nadie se dio cuenta.

La cuestión es que al día siguiente no vino al colegio. Todas pensamos que la habían suspendido por una semana, como hacen acá cuando te devuelven la primera vez. A la segunda, te expulsan. Es por eso que los padres también se esmeran, pues este instituto – Según ellos – te asegura una buena universidad, una buena universidad un buen trabajo, y una mujer con un buen trabajo puede conseguir un buen hombre, hacer una familia y dedicarse a las labores domésticas.



Durante esa semana que Angélica no fue al colegio, yo me pasé los días hablando más con Esteban. Nos regresábamos juntos a casa. Salíamos a la misma hora. ¿Ya les dije que Esteban tiene unos ojos bonitos? Él me miraba mucho y yo a veces perdía el hilo de la conversación.

Cuando llegó el viernes y Angélica nada que llegaba, Mayra me mostró un papelito que Esteban le había mandado a ella, que decía:

Mayra,

Siempre me has parecido más bonita que Angélica, ¿Quieres ser mi novia?

—Yo le dije que sí—dijo Mayra—. Además, él ya me dijo que Angélica lo cambió por otro.

Así, como si jugaran al zapatico roto.

Luego Mayra agarró su bolso y se fue.

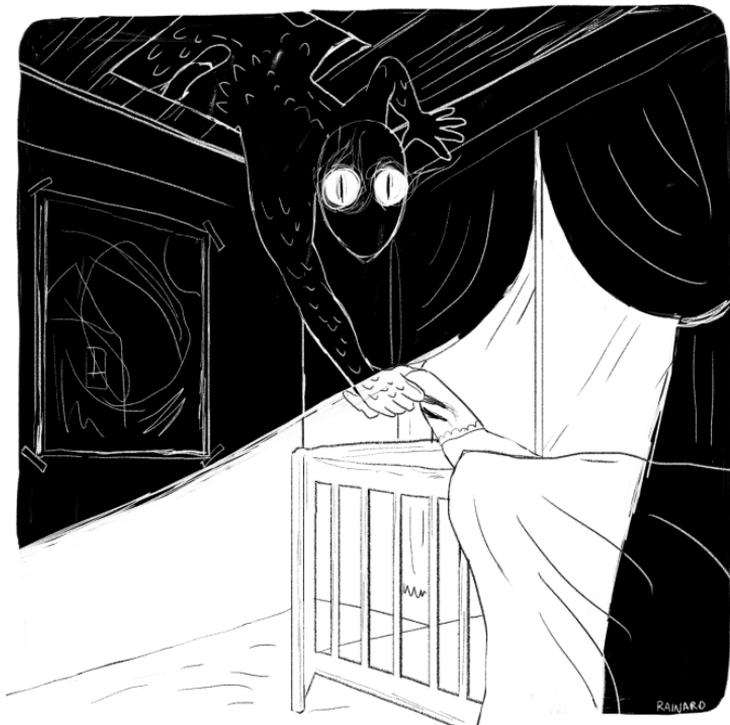
El sábado por la mañana fui a casa de mi tía en Paz del Río, donde hay varios primos y siempre jugamos al trompo o a bolita

uña. Ahí estaban los tres: Kike, Harold y Fabio. Fabio abrió una bolsa de tela color crema y nos mostró todos los boliches que les ganó a los chicos del barrio en la semana. Kike alzó los hombros y dijo que seguro los había comprado donde el cachaco, que no era posible que Fabio le ganara a todos los de la cuadra porque a él nunca le había ganado. Kike mostró los tres que tenía. Todos eran transparentes con una S incompleta en el medio compuesta por tres colores diferentes. Harold, quién esperó hasta el final para mostrar sus boliches pues quien ríe de último ríe mejor, se metió la mano al bolsillo y, como quien tiene un tesoro, los cubrió con las dos manos, así, y la mano derecha, que estaba arriba, la fue abriendo poco a poco. Y ahí los vimos: unos boliches singulares. Tres eran de color blanco con motivos diferentes en el medio y dos de color negro —más raros aún—. Todos dijimos uuuuh al unísono. Eran preciosos. Dijo que se los había ganado a dos chicos de secundaria en un torneo.

Pasamos todo el día y parte de la tarde jugando en la calle. Al llegar la noche, entré al cuarto del bebé recién nacido de mi tía. No me dejaban verlo porque decían que le podía dar mal de ojo. Así que aproveché que todos estaban en la cocina comiendo mazamorra y caminé hacia el cuarto, cuidando mis pasos.

Escuché un leve quejido. Quizás el bebé se había despertado. Así que descorrí la cortina del cuarto y vi una teja descolocada en el techo. Allí, dos ojos amarillos me estaban mirando, sin moverse. Quedé petrificada del miedo. Alcancé a salirme de ese hechizo y bajé la mirada, vi como sostenía al bebé con una mano peluda y larga, con garras en los dedos.

Al gritar, aquella bestia se asustó e intentó llevarse al bebé, pero éste se estrelló contra el tejado y tuvo que soltarlo. Menos mal que cayó sobre la cuna y no le pasó mayor cosa. Todo el mundo vino corriendo porque también oyeron el estruendo. Mi tío Wincho fue el primero en encender el bombillo y agarrar al bebé llorando. Lo tomó por el torso y se lo llevó al pecho. Mi mamá me sostuvo por los hombros y me preguntó qué pasaba. Harold señaló el pie del bebé



y dijo que estaba sangrando. Era cierto, tenía unas marcas de arañazos ahí donde lo había agarrado la bestia. Yo intenté decir lo que vi, pero fue inútil, nadie me creyó. Además, la teja estaba de nuevo en su lugar. El maldito monstruo fue cuidadoso solo en esa parte. Me salí del cuarto y me senté en una mecedora, escuchando a mi mamá discutir con mi tía. Me tomó por el brazo y me sacó de ahí sin poder despedirme de nadie.

—En la casa arreglamos—dijo.

Pero cuando llegamos no me las arreglé con ella porque mi abuelita me protegió. El teléfono sonó y mi mamá contestó.

—¿Aló? Sí, con ella. No, ella no estuvo con Mayra. No, nosotras acabamos de llegar. ¿Ya preguntó a las madres de las demás compañeras? ¿Y la policía? Uy, solo intentaba ayudar. ¡Me colgó! ¿Qué tal? Y una intentando ayudarla.

Yo ya sabía qué había pasado.

—¿Sabes dónde está Mayra? Ella dijo que se iba a pasar el día contigo, haciendo tareas.

—No sé dónde está Mayra, mami.

—Yo sé, mi amor, yo sé. Vete para el cuarto, pero no creas que me he olvidado de lo que le hiciste al bebé de Evelia.

El lunes ya había dos sillas vacías en el salón. Las clases seguían, sin importar las ausencias. Las monjas seguían midiendo las faldas, las medias, revisando que cada cabello estuviese en su lugar y el uniforme no tuviese ninguna arruga.

Al día siguiente, en el trayecto hacia el colegio, desde el carro de mi mamá vi varios carteles con la cara de Angélica y abajo decía “Se busca” y dejaban un número de teléfono. Cuando me pegué a la ventana, para verificar que se trataba de ella, mi mamá me dijo que me sentara bien, que iba a machacar el uniforme.

En un lado del salón noté a Camila mirándome, con un papel en la palma. Cuando dirigí mi vista hacia lo que ella quería tener oculto, empuñó la mano, la metió en el bolsillo, frunció el ceño y volteó al frente. Todas sentíamos que algo andaba mal. Lo notábamos desde la entrada, en la forma en cómo las monjas habían dejado pasar a Marianna con la falda un poco más arriba de lo que dicta el reglamento. A ellas no se les ha pasado nunca nada.

Al día siguiente, como lo supuse, faltó Camila. El colegio dispuso un lugar en el centro de la cancha, con fotos de las muchachas que estaban desaparecidas. Le agregaron una veladora con la imagen de la virgen de los desamparados, un ramillete de flores rojas y rosadas y las que traían las mamás de las chicas.

Con el pasar de los días, nuestro salón se fue vaciando. No solo porque muchas desaparecían sino porque se mudaban a la ciudad. Fue entonces cuando me llegó un papelito. Era de Esteban, por supuesto:

Me han dejado solo. Eres la única en quién confío.

Arrugué el papel y lo escondí en el fondo de mi bolso.

Al llegar a casa busqué a mi abuela y le conté lo sucedido hasta el momento. Ella, a quién mi mamá la trata como a una loca porque dice que este pueblo está lleno de monstruos, le confío todos mis secretos. Después de escucharme, tomó la nota entre sus extensos

dedos, las uñas largas como garras y me dijo:

—Ten cuidado con ese niño. Es el hijo del Hombre Caimán. Es quien le lleva las niñas para que coma.

En ese momento llegó mi mamá. A ella no le gustaba que hablara a solas con mi abuela.

—¿Qué locura le has dicho ahora? —dijo y esculcó por algún objeto que le diera indicios sobre nuestra charla.

Cuando mi mamá me requisó, mi abu se comió el papel y se llevó el dedo índice a la boca.

El pueblo se fue llenando de carteles con fotos de la mayoría de mis compañeras. El de Angélica ya no se veía casi por ningún lado. De regreso a casa siempre me gustaba comprarme un raspado de cola y comerlo en el camino. A veces, Esteban se cruzaba conmigo y nos íbamos juntos. Él siempre cruzaba hacia la izquierda, unas cuadras después del colegio, camino que solo conduce al río. Seguro que por ahí debía haber una casa. Ese día, me tomó de la mano. ¿Es normal sentir cosquillas en la piel cuando alguien te agarra la mano?

—Ven, quiero que veas algo.

Me llevó hacia la izquierda. Al fin conoceré su morada. Al llegar a la esquina me dijo que me escondiera detrás de un árbol enorme y que por nada del mundo hiciera algún ruido, o corriera. Él se regresó y volvió con Aura. También venían agarrados de la mano. ¿Será que ella también sentía cosquillas? Se pararon en la orilla del río, se abrazaron y se dieron un par de besos. Pensé que me iba a poner celosa, pero no sentí nada. Solo observé en silencio. Detrás de Aura vi moverse algo.

Un hombre salió de un matorral arrastrándose con una agilidad impresionante. Del torso hacia abajo tenía el cuerpo de un caimán. Era como mi abuela me lo dijo una vez. Esteban la sostuvo mientras este hombre/bestia la tomó por los hombros, se alzó por encima de ella y la engulló, con la facilidad y lentitud de una boa. Ella, supongo por el miedo y la sorpresa que le produjo todo, se quedó como una piedra. En uno de esos momentos, Esteban volteó



al lugar donde yo estaba y alzó los hombros. La bestia se arrastró por la arena, caminó de espaldas con las piernas de Aura moviéndose, suplicando y se desapareció entre la maleza y el río. Esteban me tomó de la mano, me sacó de ese lugar y me compró un mango con sal y limón.

Nada más quedamos diez niñas en mi salón. Rompí un pedazo de papel y escribí:

Sé que te gusto. He notado como me miras cuando sales del colegio. La verdad es que tú también me gustas mucho y quiero conocerte más. ¿Te acompaño hoy a tu casa?

Con cariño, Esteban.

¿Ya les dije que Esteban tiene los labios más bonitos que he visto? ¿No? Bueno, ya lo saben.



Una joven ve cómo sus compañeras de clase van desapareciendo una a una mientras sobrevive a la educación estricta por parte de las monjas de su colegio en Fundación. Los sucesos sobrenaturales son más bien comunes en este pueblo, pero aún así no deja de crearse un hálito de sospecha en los alrededores, y todo parece desembocar en el río, donde dicen que reside la más misteriosa y hambrienta de las criaturas, una que solo creíamos haber visto o escuchado en las historias de nuestros abuelos...



Javier Enrique Gámez Rodríguez

(Fundación, 1992)

Profesional en Negocios Internacionales y Magíster en Ciencias en Negocios Electrónicos y Mercadeo Digital. Ganador del segundo puesto en la modalidad de Cuento en el Primer Festival Regional de Literatura y Narración Oral ASCUN (2014), textos suyos han sido publicados en *Erótica* - IV Concurso Internacional de Microrrelatos (2016); *Cuentos del Campus* (2018); *66 días de dibujos vol. 3: Dibujando historias* (2018); Antología de cuentos del Taller Literario de la Universidad del Magdalena - TALIUM (2019), y en *Tiempos de Pandemia* (2020). También ha sido publicado en diferentes revistas culturales. Tiene un libro de cuentos: *Cazadores de Nubes* (Ed. Unimagdalena, 2020).

Con el apoyo del Programa de Estímulos de las Artes y la Cultura



MAGDALENA
La fuerza del cambio



**MAGDALENA
RENACE**



**Macondo
Cultural**